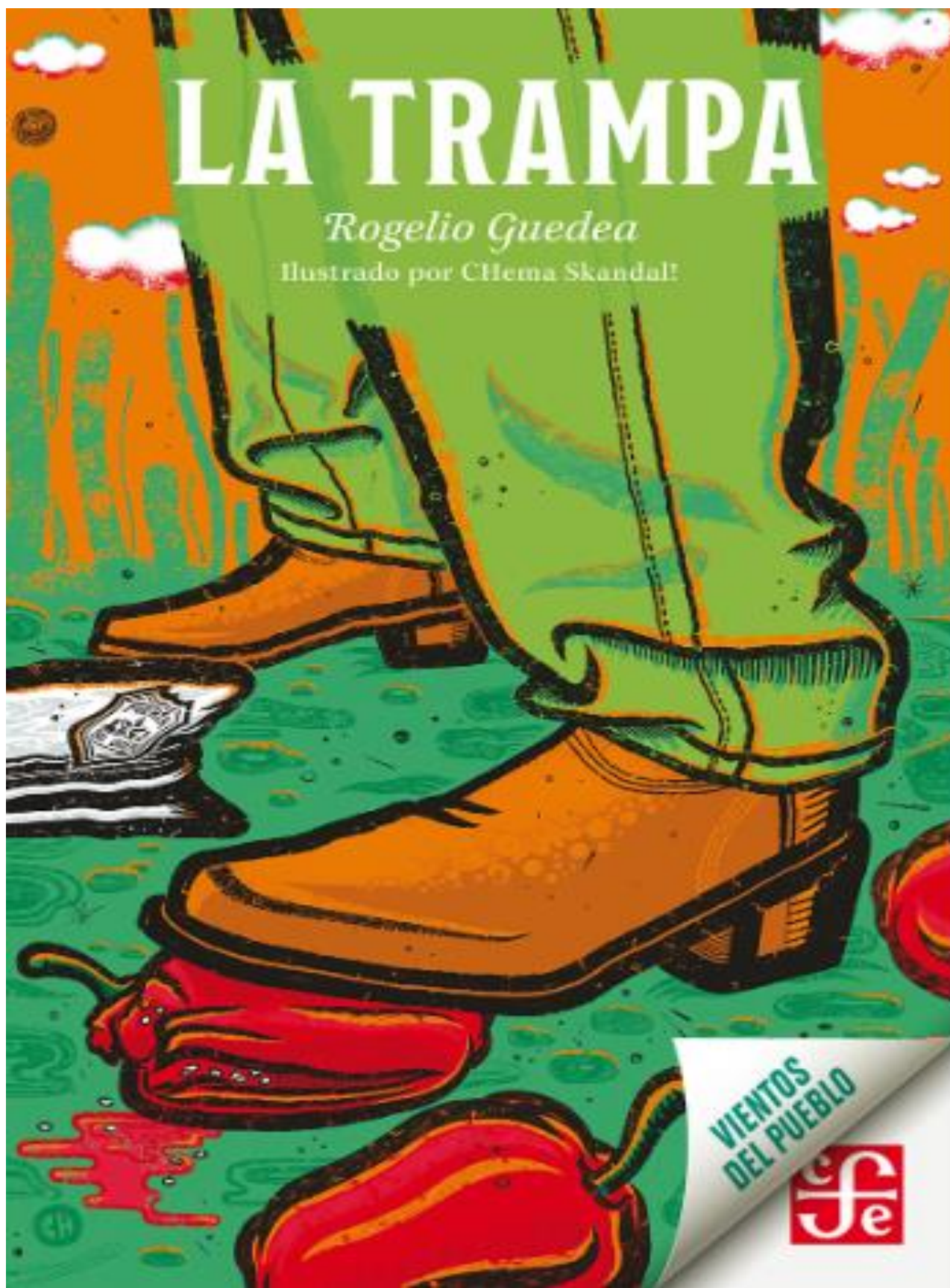


# LA TRAMPA

*Rogelio Guedea*

Ilustrado por Chema Skandal!



VIENTOS  
DEL PUEBLO



# LA TRAMPA



ROGELIO GUEDEA

# LA TRAMPA

*Ilustraciones*

CHema Skandal!



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2020

[Primera edición en libro electrónico, 2020]

Coordinador de la colección: Luis Arturo Salmerón Sanginés

Diseño de portada: CHema Skandal!

D. R. © 2020, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México



[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Comentarios: [editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)

Tel. 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-6951-3 (ePub)

ISBN 978-607-16-6908-7 (rústico)

Hecho en México - *Made in Mexico*

Para el primo ELOY ESTRADA FONSECA,  
quien sabe muy bien de lo que hablo.

LA CAMIONETA de la policía municipal estaba aparcada a un costado de la casa sombra, mirando hacia el sembradío de milpa, a eso de las diez de la mañana, en el rancho de don Chema Pinto, oriundo de ahí mismo de El Nuevo. La ocupaban cuatro policías, dos sentados atrás, gordos, puercos en su hablar, uno más en el lugar del copiloto, retraído pero igualmente sin pudores, y otro más en el lugar del chofer, aunque éste había descendido hacía unos momentos y se había recargado contra el cofre, con un palillo metido entre los dientes, retozando la birria que recién acababan de desayunar, por cierto, en la birriería de Los Aguilar.

Minutos después, esto es a eso de las diez y media a lo mucho, se estacionó la Toyota Hilux de don Chema detrás de la camioneta de la policía municipal. Aquel hombre de mediana edad y pelo cano en las patillas se bajó y, antes de que terminara de extender la mano, como quien dice se la venía limpiando en las perneras del pantalón, sucia como la traía de suero, el policía que estaba recargado en el cofre, de nombre Sebastián Galindo, se apersonó amable y lo saludó fuerte, dándole además una palmada en el hombro. Aquí estamos a la orden, jefe, dijo, a lo que don Chema le contestó del mismo modo, fuerte y amable, aunque sin darle ninguna palmada en ningún lado.



El policía no lo dejó hablar, aunque don Chema lo intentara, más bien se atrabancó confesándole que habían visto a un alebrestado con un rifle .22, rondando sus parcelas, metiéndose donde no debía. Que le preguntaron qué andaba haciendo ahí donde nadie lo había llamado y que el alebrestado les dijo que nomás matando ratas y ratones que le destruían las hortalizas, estaba sembrando rábanos y zanahorias. Y que entonces le dijo: mira, vale, no andes haciendo cosas buenas que parezcan malas, a don Chema le robaron el otro día varios costales de herbicida y andando tú así con ese rifle apuntando pa todos lados nomás te incriminas tú solo. ¿Y qué dijo?, preguntó don Chema, nada más por preguntar. Pos qué iba a decir, ya sabe usted, lo mismo de siempre. Don Chema dijo aguántame poquito y fue donde su camioneta, de detrás del asiento sacó una bolsa de cierre en el medio y de ahí extrajo dos billetes de cien pesos, que se echó a la bolsa de la camisa. Cuando se dio la media vuelta, se encontró de frente a Sebastián Galindo. Qué susto le pegó al hombre. ¡Ay cabrón!, gritó don Chema. El policía le dijo que no se asustara, que no era ni un muerto viviente ni un fantasma, y esto lo decía mientras miraba la bolsa de cierre en el medio llena de billetes que guardaba don Chema detrás del asiento de su camioneta. Le va bien con el chile, por lo visto, don Chema, ¿qué no?



En realidad apenas le estaba yendo bien al hombre. En antes había sembrado pimienta roja y verde y no le fue nada bien, lo torcieron los intermediarios de Tijuana, y nomás se quedó con dos tráileres llenos de pimientos a mitad de la carretera, con la mercancía pudriéndosele bajo el solazo. Pero esta vez, aparte de las cinco hectáreas suyas, había rentado otras nueve y una más para producir escalonadamente. En una tenía pura semilla germinando, las nueve las poblaba planta pequeña y en estas cinco donde estaban ahora parados tenía mata grande produciendo. De los cuidados ni se diga: nadie entraba a la casa sombra sin antes no haberse dado una rociada de insecticida en todo el cuerpo, se habían instalado puertas de seguridad y había un mozo encargado de estar vigilando cualquier rasgadura de la malla del techo o de aquella que cubría las sacacosechas. Todo se

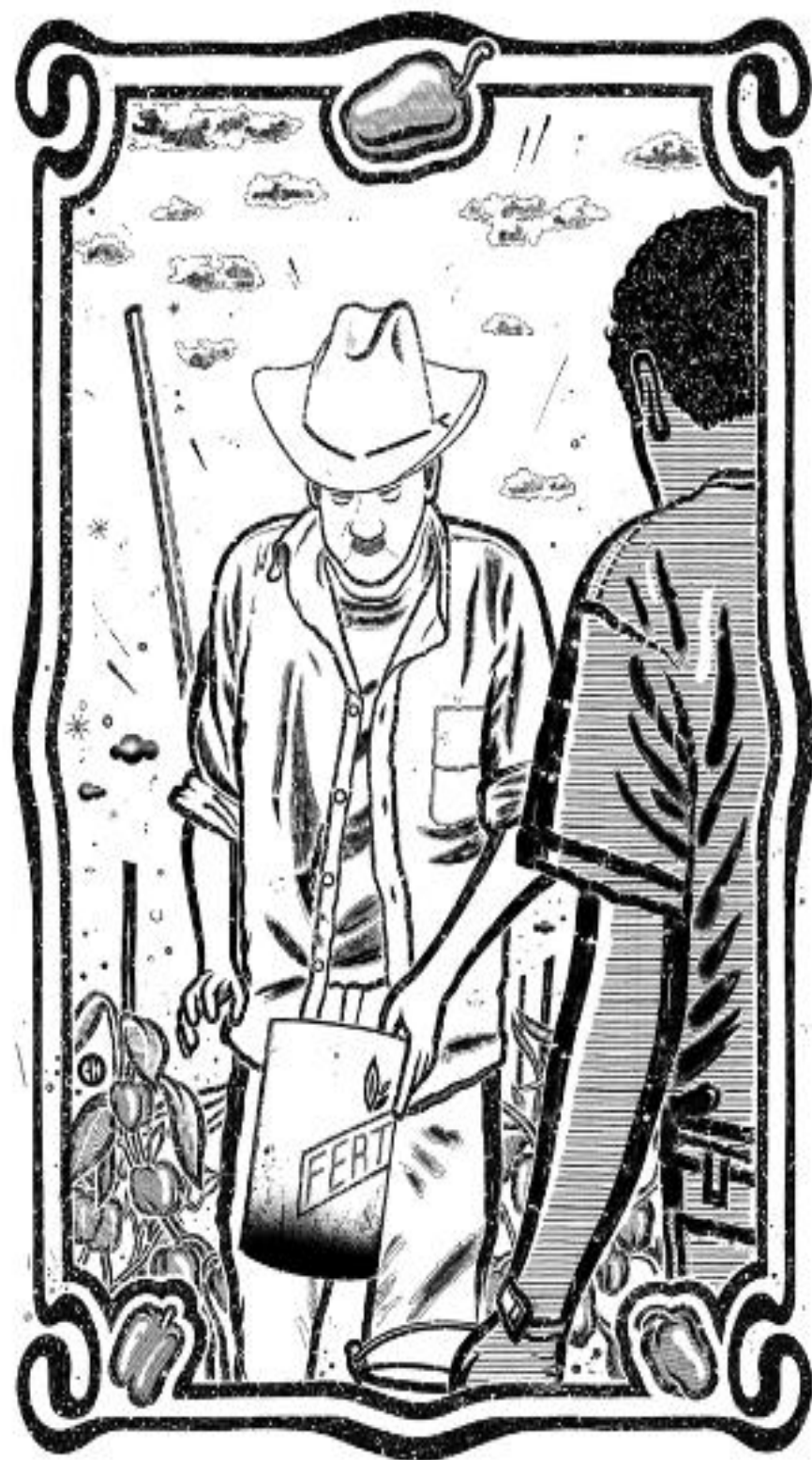
---



reducía a combatir las malditas plagas, que brotan hasta por debajo de las piedras. Pues sale nomás pa comer, Sebastián, le dijo el hombre, ya las tierras no dan pa más. El policía hurgó en los ojos de don Chema Pinto, convencido de la mentira que le había hecho escuchar. Luego repasó con la vista las cinco hectáreas de casa sombra y cuando regresó al mismo lugar del que sus ojos habían partido, dijo: bien dicen que ahí donde lloran está el muerto, ¿qué no? Don Chema nomás movió la cabeza de un lado a otro, como un badajo de campana, sacó de la bolsa de cierre otro billete de cien y se lo extendió a Sebastián. El policía se lo echó a la bolsa de atrás del pantalón, cerciorándose de que sus cofrades no lo hubieran visto, y, ufano, dijo: usted encárguese de que las méndigas plagas no le hagan la vida imposible y yo aquí me encargo de que ni un alebrestado le vuelva a robar sus herbicidas. Ta güeno, dijo don Chema, se dio la media vuelta y fue a revisar las trampas de la casa sombra, que se habían roto de las abrazaderas.



Cuando cerró la puerta de seguridad tras de sí, vio que la camioneta de la policía municipal se alejaba por la brecha, dando vuelta a la izquierda en la cerca de piedra, dejaba un polvaderón marca diablo. La mano del policía al volante se alzaba diciéndole adiós. Don Chema caminó por los surcos, los había dejado esta vez anchos para que corriera bien el agua, y fue hasta la trampa del fondo, junto al sacacosechas. Levantó la lona amarilla y la acercó a sus ojos, inspeccionando cualquier rastro de plaga, que no encontró. A las plagas de chile les gusta lo amarillo, le había dicho su asesor agropecuario, por eso había mandado hacer lonas amarillas hacía unos meses, que le pidió a Cenobio colocar en los alrededores de la casa sombra, atenazadas a dos horquetas bien hundidas en la tierra. Las plagas las buscarían como las abejas buscan a la miel y así se alertarían de cualquier riesgo, antes de convertir sus plantas en un puro espumarajo. ¿Le tomaste foto a las plantas de prueba?, preguntó don Chema a Cenobio. Sí, patrón, dijo Cenobio. Don Chema siguió caminando por el surco, se detenía en cada planta, examinaba sus hojas, a veces las acariciaba como se acaricia la crin de una yegua, otras las arrancaba de tajo. Le sosegaba que los chinos que habían llegado al pueblo hacía unos años hubieran accedido a comprarle todo lo cosechado, aun cuando fueran exigentes en sus estándares de calidad.



Le temblaban las pantorrillas cada que se apersonaba el inspector, un chino al que había que hablarle en chino para que entendiera. *Pronto corte nueva temporada chile, insecticida aplicado ayer área toda, faltar tractor combustible, lluvia riesgo inundación.* Sólo así entendían los chinos, hablándoles en su propio idioma. Don Chema se alegraba de haberlo aprendido, cómo se hubiera comunicado si no con los jefes. Sólo en el primer año de haber llegado rentaron mil hectáreas de tierras, las tecnificaron todas, instalaron sus viviendas en el campo pelado. Los ejidatarios los rondaban, pidiéndole a Dios ser los agraciados, una renta de esas que pagaban los chinos les resolvería esta vida y la que sigue.



No me las rentaron, dijo don Chema a su mujer un día, pero me tomarán lo que produzca. Quieren chile... Su mujer ni se alegró ni se amargó, seguro sería lo mismo de siempre. Su marido le metería más de lo sacado y quedarían peor de lo que ya estaban, endeudados y muertos de hambre. ¿No se quejaba ya del costo de la gasolina?, ¿no se quejaba de los insecticidas, que ya se aplicaban tres veces más que antes? ¿había realmente calculado todos los gastos en su libretita? Y luego, para acabarla,



los méndigos policías, peor que zopilotes en busca de carroña. No tienen llenadero, viejo, le había dicho su mujer a don Chema. Ya van un día sí y un día no, lamentó don Chema, limpiándose el sudor que le escurría por las sienes. Son como los puercos, entre más les das más quieren, y esta vez lo dijo con un sabor a óxido en la boca. Ojalá que los mataran a todos, dijo la mujer. Como a perros. Iba a callarle la boca don Chema a su mujer, pero como donde hay razón ni las excusas valen, mejor estrujó los hombros, asintiendo. Le dio un trago a la coca cola, golpeó la mesa con el culo de la botella y dijo: ahorita vengo.



Salió de la casa como aquel que ha encontrado, de súbito, la respuesta a todas sus dudas. Fue a la ferretería de los Rodríguez, afuera del Tuchi, sobre la carretera a El Nuevo, y compró seis metros de manguera blanca, de salida, de una pulgada, y tres metros de manguera verde, también de una pulgada, de entrada, dos llaves de agua y tres conectores. También compró sogas, veinte metros, una soga blanca, de nailon, trenzada. Lo echó todo en el asiento de atrás de su camioneta y le llamó por el radio a Cenobio, en unos minutos estaría por ahí para llevarle el barril de agua. Sí, patrón, dijo Cenobio. La carretera hacia San Blas tenía más pozos que un cementerio, no se le rompían los muelles a la camioneta nomás por pura suerte. Don Chema fue donde Cenobio y le entregó el material,

---



cerciorándose de que las trampas estuvieran bien tensadas en las horquetas. Viera qué trabajo me dio estirarlas, dijo Cenobio, viendo a su patrón con la mirada puesta en el amarillo chillante. En eso vio que entró por el bordo la camioneta de la policía municipal, se estacionó mirando hacia la milpa, esta vez no descendió ninguno de los cuatro tripulantes. Ya están ahí de nuevo estos zopilotes, dijo Cenobio. Don Chema no levantó siquiera la cabeza, siguió mirando el amarillo chillante de la trampa. ¿El vale ese del rifle .22, quién es, Cenobio?, preguntó don Chema. Es el hijo de Saturnino Ramírez, patrón, el vale no se da un tiro en la pata nomás porque Dios es muy grande. Le faltó un riego al vale, está medio atarantado. Ah, dijo don Chema, y siguió caminando por los surcos, examinando las plantas cargadas de chiles encorvados de grandes. Cuando don Chema salió de la casa sombra, la camioneta de la policía municipal se había diluido en un borbotón de polvo. Seguro vieron como un agravio que don Chema no se reportara, ni una mano les levantara, ni les hiciera una ceremonia de saludo con la cabeza, y por eso mejor partieron.

Como era temporada de fiestas (la Navidad se acercaba y todos andaban queriendo engordar su aguinaldo a como diera lugar), don Chema volvió a su casa y llevó a su mujer y a sus tres hijos a la playa de San Blas; era bueno que retozaran un poco bajo una sombrilla, viendo el oleaje dando tumbos y escuchando el pajarerío de los manglares. Esa tarde comieron en la enramada de siempre, la de doña Catarina, y se pasaron el resto del día metiendo los pies en la arena húmeda. Su mujer picó jícama y

pepino y los hijos se dieron varios chapuzones en el mar, que parecía una alberca de cristalino. Don Chema aprovechó uno de los silencios de su mujer para pensar en la bonanza por venir, por fin saldaría una vida llena de precariedades, negocios malogrados, una suerte de perros que lo había asolado en los últimos años. La noche de Navidad la pasarían en casa de los Góngora, como de costumbre. Cada familia llevaría su comida, su bebida y aportaría una cantidad para el pago del mueble. En esta ocasión don Chema demostraría la prosperidad que le sonreía pagando una hora de banda, que todos los familiares disfrutarían, especialmente la nueva camada de sobrinos que venía con la garganta gruesa para la cerveza, diez cartones no les hicieron ni cosquillas.



Para Año Nuevo ya se vería dónde clavarían el pico, pero seguro su mujer haría un pozole y vendrían sus cuñados Gabriel y Gonzalo y su cuñada Esperanza de Sauta para degustarlo en familia esa noche, como cada año. Extrañarían a Nono, la hermana más grande de su mujer, que había muerto hacía un par de meses, a causa de una maldita úlcera intestinal.



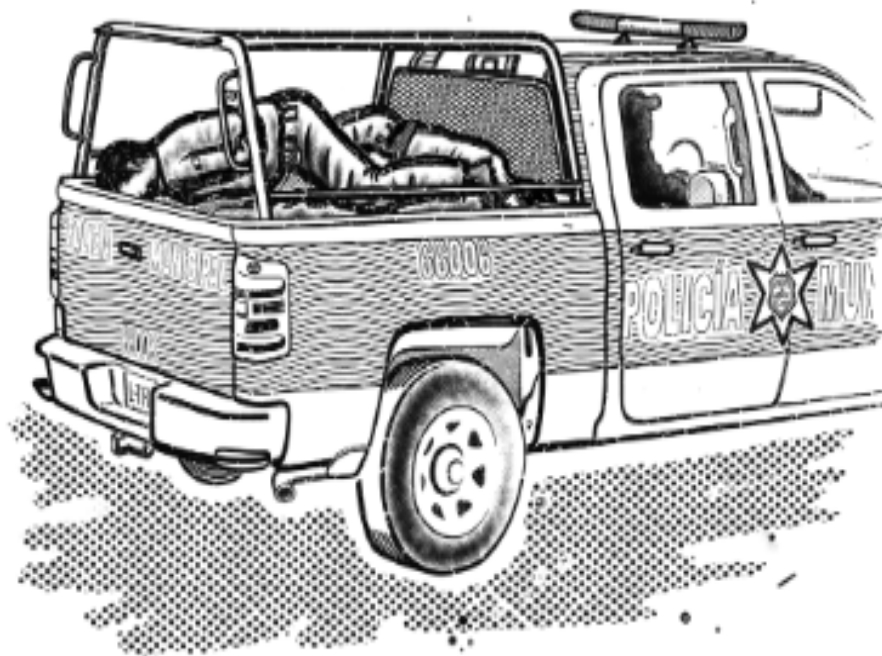


Por lo demás, en la faena no había tregua, y don Chema nunca descuidó ni un instante sus parcelas, bien sabía que a ojo del amo engorda el caballo.

Sin embargo, fue Cenobio quien un día antes del Día de Reyes le preguntó a don Chema que si no había notado que la camioneta de la policía municipal ya tenía desde antes de la Navidad que no se paraba por ahí. No, mintió don Chema. ¿Y luego qué habrá pasado?, agregó, removiéndolo con la punta de la bota unos hierbajos que empezaban a entreverarse en los brotes de chile. Cenobio se acercó al oído de don Chema, cuidando que la señora que colocaba la rafia en el surco contiguo no lo fuera a escuchar. Los reventaron a todos, dijo Cenobio. Don Chema detuvo la avanzada y ladeó la cabeza, como invitando a Cenobio a que le siguiera dando pormenores. Se lo había contado su compadre Fernando. Los vieron la última vez rondando las parcelas de don Saturnino Ramírez, después todo fue como si se los hubiera tragado la tierra. A los pocos días encontraron a los cuatro amarrados de las muñecas por la espalda y los tobillos y con un balazón en la pura nuca. Yo los vi cuando los llevaban en la camioneta de Periciales, de costado, como si fueran marchando, un chorreadero de sangre escurría por las salpicaderas. Dicen que los ultimaron con un rifle calibre .22, que encontraron unos quinientos metros adelante, en las tabacaleras de don Pancho Segura. Y que el rifle es del hijo de don Saturnino, por eso lo tienen detenido al vale, sujeto a proceso, eso dicen. Don Saturnino anda que no le cabe un alpiste, jura que ese día que dicen que sucedió el crimen su hijo andaba pa San Pedro

---

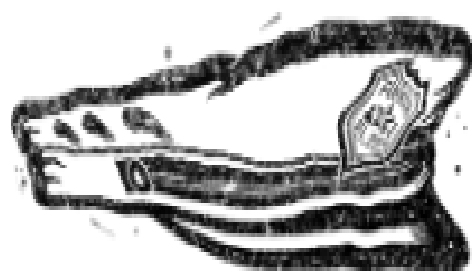
Lagunillas, buscando una pieza para el tractor. ¿Quién les cree ese cuento, no?, dijo Cenobio, alardeando. Pos nadie, dijo don Chema, y emprendió el camino de nuevo.



Don Chema y Cenobio siguieron examinando las plantas. Eran surcos largos y el tamaño de las plantas no pasaba del metro, o poquito menos, parejitas todas, verdes y espigadas. Don Chema le tomaba foto a aquellas que veía con las hojas distintas, o más pálidas o chinitas, o amarillosas, y se las hacía llegar a su asesor para que le dijera si había que preocuparse o no, esta vez no estaba dispuesto a perder. Cenobio recibía indicaciones de don Chema y les daba curso, o bien las anotaba en su libretita mental para cumplimentarlas más tarde.



Al llegar a la puerta de seguridad, sobre el tambo de suero, Cenobio vio un pedazo de sogá blanca, de nailon, trenzada, enroscada en una manguera, que usaban para llenar los tambos de agua desde afuera de la malla. Era igual a la sogá que ataba las muñecas y los tobillos de los policías, la cual había visto hacía unos cuantos días atrás. Curiosa coincidencia, pensó Cenobio, pero no dijo nada, no estaba para hacerse figuraciones. Ábrele, pues, le ordenó don Chema, que venía cargando media arpilla de chiles de prueba. Sí, patrón, contestó Cenobio, abrió la puerta de seguridad y le dio el paso a don Chema, que apenas salir de la casa sombra se sacudió el polvo de las botas y miró al cielo, confiado de que el sol no tardaría en volver a salir.



## ÍNDICE

Portada

Portadilla

Legal

Dedicatoria

La camioneta de la policía municipal estaba aparcada...